

CRÓNICA / ARRANCÓ ACCIÓN CÍVICA BINACIONAL EN LA FRONTERA CON PERÚ

La comunidad, el otro frente de guerra en el Putumayo

Mientras las Farc y la Fuerza Pública se disputan a muerte el Alto Putumayo, las armadas de Colombia y Perú intentan echarse al bolsillo a los que viven río abajo.

BERNARDO BEJARANO G.
Enviado especial de EL TIEMPO

PUERTO LEGUIZAMO (PUTUMAYO)
Hoyas antes de que unos 200 soldados armados hasta los dientes salieran a bordo de una flotilla encabezada por la patrullera fluvial 'Tony Pastrana' rumbo a la zona donde las Farc mataron a 22 militares el sábado 25 de junio, el cañonero 'Leticia' zarpo de Puerto Leguizamo con una misión tanto o más estratégica.

Acompañado por otro buque, dos remolcadores y un bote rápido, avanza a este hora por el río Putumayo hacia el occidente, en busca de los caseríos levantados en las márgenes de esta 'autopista' natural, con más de mil kilómetros navegables.

El 'Leticia' lleva pertrechos y efectivos listos para el combate, así como gran capacidad de fuego. A simple vista, sería difícil distinguir sus intenciones de la beligerancia que mueve a la 'Tony Pastrana'.

Sin embargo, el traje de payaso que cuelga de la popa habla de otras formas de lucha. Su misión no es penetrar un santuario de la guerrilla o capturar a algún miembro del Secretariado de las Farc, sino ganarse la confianza de los pobladores de la frontera con el Perú.

Triplado por oficiales que empiezan a pensar en el posconflicto, recorrerá unos 700 kilómetros hasta el próximo 20 de julio para llevarles recreación, atención médica y ropa a las comunidades asentadas entre Güepi, donde se libró la batalla más importante de la guerra contra los peruanos (1933), y El Estrecho, también del lado inca.

A su lado estará el cañonero 'Marañón', de la Marina de Guerra peruana. 'Los dos países acostumbra hacer brigadas de atención en sus territorios fronterizos, pero esta es la primera vez que adelantamos un verdadero programa binacional', explica el almirante Mauricio Soto, comandante de la Armada de Colombia. EL TIEMPO y Citytv acompañaron la primera parte de la travesía.

Puerto Libertad

La primera parada se hace en Puerto Libertad (Perú), una ranchería de una treintena de casas de madera levantadas sobre pilotes y en la que perros y gallinas correetean por el lodazal que dejan las lluvias. La habitan unas 180 personas, casi todas colombianas, según explica la autoridad civil del caserío, el limeño Alejandro Espinoza.

El fenómeno se repetirá varias veces río arriba: a diferencia de las primeras décadas del siglo pasado, cuando los peruanos eran los únicos habitantes de grandes extensiones fronterizas, a comienzos del siglo XXI los colombianos parecen ser mayoría.

Entre ellos está Aura Elisa Díaz, una marichense cincuentona que llegó a Puerto Libertad hace 30 años, huyendo de la "matanza" que había en Samaniego. 'Aquí vivimos bien', admite. Pero el río a veces nos hace sufrir, porque crece y ahoga lo que sembramos'.

Después del Himno Nacional ("Largo tiempo el peruano oprimido/la ominosa cadena arrastró..."), los niños reciben cometas, pelotas de lanas y chipetas.

También hay cuadernos donados por los Estados Unidos, cuyas portadas muestran a una familia que parece de catálogo de Wal-Mart, y cuyas hojas esconden un volante

MILITARES VESTIDOS DE PAYASOS demuestran que por el Putumayo no solo se mueve la guerra. También barcos cargados de ayuda de los gobiernos de Colombia y Perú.

María García/EL TIEMPO

VACAS POR COCA

Saladito, también en Puerto Leguizamo -el municipio bautizado en honor de Cándido Leguizamo, héroe del conflicto con Perú, que ocupa el 43 por ciento de todo el Putumayo- también está en la ruta del 'Leticia' y el 'Marañón'.

Es un caserío de colonos con una autoridad civil; en este caso, el presidente de la Junta de Acólón Comunal, José Henríspati.

Aquí se vive con lo justo, pues la erradicación manual de la coca que había en la zona -llevada a cabo desde finales del 2002- acabó con los excedentes de los campesinos, que con sus cultivos ilícitos obtenían hasta un millón y medio de pesos cada 40 días (lapso entre cosecha y cosecha).

Lo que sembramos ahora nos alcanza para sobrevivir y nada más. A cambio de la erradicación recibimos tres vacas por familia, pero nos quedamos esperando una segunda fase del Plan Colombia', se queja el colono.

vos hasta chaquetas de AT&T, pasando por gorros de enfermero y una chaqueta de paño con parches de pana que no parece combinar mucho con los 25,4 grados centígrados de temperatura media.

La prensa, sin embargo, resulta perfecta para don Jesús Pérez, de 65 años. Al fin y al cabo, confiesa con sus canas recién cortadas por un marino peruano, antes de la visita de las dos armadas tenía solamente la media que trae puesta y la de bajar al pueblo.

Más adelante, en la ruta estarán las 50 familias de la vereda Salado Grande, los 110 indios sionas que conforman la comunidad de Bajo Casacunto y los 60 quinuas liderados por Herilinto Yaguajé, gobernador del Cabildo Indígena de Puerto Rico.

Así será hasta llegar a Güepi y emprender la travesía río abajo. Al final se habrá atendido a unos 3.500 habitantes de la frontera que, ciertamente, no serán menos pobres, pero así tal vez un poco más dignos.

LOS NIÑOS DE LAS COMUNIDADES indígenas de la frontera reciben regalos de las armadas de Perú y Colombia.

María García/EL TIEMPO

que invita a los guerrilleros a desmovilizarse.

Mientras el grupo La Quinta Zona, de la Marina peruana, canta teenocumbias y letrados de Mana, el teniente Carlos Cruz, responsable de la misión colombiana, entrega linotomas, machetes, palas y botiquines a los adultos.

En los dos bongos-hospital, los médicos combaten parásitos, infecciones respiratorias y enfermedades de la piel, las afecciones de mayor incidencia en la zona.

Tras cuatro horas de trabajo, el doctor Víctor Flores, jefe médico de la delegación peruana, entrega su parte: 143 consultas, muchas de ellas de pediatría.

La Esperanza

En La Esperanza Vieja, una vereda de Puerto Leguizamo situada prácticamente al frente de Puerto Libertad, la pobreza quiere romper el sino. Varios de los que recibieron atención por la mañana, en tierra peruana, cruzaron el río en chalupas para tratar de recibir más regalos. Los organizadores optan entonces por concentrarse en los temas de salud y recreación.

Aquí, por primera vez, hacen su aparición los infantes de marina Urrea y Sierra, mejor conocidos en estas latitud-

des como 'Pildorita' y 'Pimpin'. Se conocieron en Cali, como rivales en el negocio de la recreación, pero su espectáculo se consolidó aquí, en las selvas de la Amazonia, donde la vida los juntó en calidad de reclusos.

Ellos son la punta de lanza de esta generosa ofensiva. Todo un batallón de servidores públicos avanza tras sus sombreros estroñados, sus casacas maquiladas y sus multicolores trajes de fatiga.

Una vez en posición, van minando las barreras entre la comunidad y la Fuerza Pública y son capaces de hacer que toda una fanfange de niños se tome un purgante.

Pero la estrella de la jornada es la ropa donada por los mormones y canalizada hacia la Armada por la Presidencia de la República. Bultos repletos de prendas son abiertos sobre la única cancha deportiva del lugar, que se convierte de inmediato en un inmenso vestidor al aire libre.

Hay desde pantalones nue-

vos hasta chaquetas de AT&T, pasando por gorros de enfermero y una chaqueta de paño con parches de pana que no parece combinar mucho con los 25,4 grados centígrados de temperatura media.

La prensa, sin embargo, resulta perfecta para don Jesús Pérez, de 65 años. Al fin y al cabo, confiesa con sus canas recién cortadas por un marino peruano, antes de la visita de las dos armadas tenía solamente la media que trae puesta y la de bajar al pueblo.

Más adelante, en la ruta estarán las 50 familias de la vereda Salado Grande, los 110 indios sionas que conforman la comunidad de Bajo Casacunto y los 60 quinuas liderados por Herilinto Yaguajé, gobernador del Cabildo Indígena de Puerto Rico.

Así será hasta llegar a Güepi y emprender la travesía río abajo. Al final se habrá atendido a unos 3.500 habitantes de la frontera que, ciertamente, no serán menos pobres, pero así tal vez un poco más dignos.

Hay desde pantalones nue-